

▣ VUELVE EL TIEMPO ORDINARIO

Retomamos hoy los domingos del tiempo ordinario, interrumpidos en el domingo 5, el pasado 7 de febrero. Aunque propiamente el tiempo ordinario comenzó el pasado lunes 16 de mayo, todavía no había habido ningún domingo «verde» desde entonces, porque se han celebrado las solemnidades de la Santísima Trinidad y del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

Se ha producido un salto, pues, entre el quinto y el décimo domingos del tiempo ordinario, en el que no hemos contado con la lectura continua del evangelio de Lucas, y hemos dejado de leer tres fragmentos de la lectura semicontinua de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (domingos 6, 7 y 8) y el comienzo de la carta a los Gálatas (domingo 9), que hoy prosigue.

El ambiente festivo de los domingos precedentes debe disminuir, ya que regresamos a la normalidad. Los ornamentos (verdes), las flores, los manteles, otras ornamentaciones... deben diferenciarse de las que teníamos hasta ahora. La melodía de los cantos habituales de la misa (Aleluya, Santo, Cordero de Dios, etc.) no debiera ser la misma que en la Pascua o las solemnidades de los domingos anteriores.

▣ IMPORTANCIA DEL DOMINGO

Al retomar los domingos del tiempo ordinario, sería oportuno recordar el valor del domingo. Los domingos son los días que primero se empezaron a celebrar: las primeras comunidades se reunían, siguiendo el ritmo que Jesús les había marcado, cada primer día de la semana para partir el pan. De esta manera actualizaban la muerte redentora y resurrección vivificadora de Cristo. Cada domingo celebramos lo mismo: Jesús ha resucitado y sigue presente entre nosotros en su existencia gloriosa. Es el día, no tanto que nosotros le dedicamos a él, sino que él nos dedica a nosotros, regalándonos sus «apariciones» el primer día de la semana, como a los discípulos.

En la monición de entrada o en un momento en la homilía, podríamos introducir algún aspecto del sentido del domingo: día del comienzo de la creación, día de la resurrección (la nueva creación), día de la efusión del Espíritu Santo, día de la reunión de la comunidad cristiana, día de la escucha de la Palabra, día de la celebración de la Eucaristía, día del descanso. Releer la Carta apostólica del papa Juan Pablo II *Dies Domini* (31 de mayo de 1988) nos puede dar el contenido de cada uno de estos aspectos.

▣ JESÚS ES DIOS QUE ACTÚA CON SENCILLEZ

El evangelio de este domingo nos relata una resurrección; también la primera lectura. La acción de Jesús es muy simple: llega, se acerca al ataúd, le dice al joven difunto que se levante y se lo entrega a su madre. En contraste, la resurrección de la primera lectura es más trabajosa: Elías se lleva al niño a la habitación, lo pone en su cama, clama al Señor, se echa tres veces sobre él y vuelve a invocar a Dios.

Destaca, pues, por un lado, la sencillez con la que actúa Dios. Jesús no se presenta en nuestra vida de modo complicado. Y esto deberemos tenerlo en cuenta para poder descubrir su mano poderosa en nosotros.

Y, por otro lado, el evangelio nos revela la divinidad de Jesús. Elías invoca a Dios, pues sólo Dios tiene poder sobre la vida. Así, cuando Elías resucita al niño, la viuda lo reconoce como un hombre de Dios. En cambio, Jesús actúa sin invocar la fuerza divina: él toca el ataúd y se dirige al niño ordenándole que se levante, manifestando que él es Dios. Y así todos exclaman: *Dios ha visitado a su pueblo.*

▣ DIOS EJERCE SU MISERICORDIA

La primera lectura y el evangelio pueden darnos pie para hablar de la misericordia de Dios, aprovechando que estamos en el Año Jubilar de la Misericordia.

La viuda de la primera lectura tenía miedo ante la presencia de Dios, se asusta al ver su proximidad. Y tiene una imagen de un Dios que castiga con la muerte y que lleva en cuenta minuciosamente nuestros pecados. *¡Has venido a recordarme mis faltas y a causar la muerte de mi hijo!*, exclamará la viuda al ver a Elías. Sin embargo vemos que Dios actúa con compasión, ejerciendo su misericordia: *El alma del niño volvió a su cuerpo y el niño volvió a la vida.*

Igualmente en el evangelio vemos como Jesús se compadece: *Al verla el Señor, se compadeció de ella.* Vuelve a manifestarse la misericordia de Dios.

Por tanto, no tengamos miedo de la presencia de Dios, como la madre de la primera lectura que se asusta ante su proximidad. Todavía hoy día hay quien se lo imagina como un Dios justiciero. Sino que pensemos que es un Dios misericordioso. Y que, como en la primera lectura y en el evangelio, se acerca a nosotros, nos mira con compasión y actúa ejerciendo su misericordia.

JOSÉ ANTONIO GOÑI